

## Teología en Colombia: la escuela jesuita

GILBERTO DUQUE M., Pbro.\*

### RESUMEN

Los autores, las obras teológicas, las épocas y los modos propios de hacer teología caracterizan una Escuela. La producción teológica de los jesuitas desde su llegada al Nuevo Reino ha sido registrada y analizada en una investigación mayor titulada *Cinco siglos de producción teológica en Colombia*. Al conmemorar el cuarto centenario de presencia de los jesuitas en Colombia, presento el apartado de la investigación correspondiente a la Escuela jesuita. Los jesuitas, hombres apostólicos de brillante trayectoria mundial, han aportado a Colombia un notable patrimonio teológico que pertenece al desarrollo intelectual, social y eclesial de la nación.

Palabras clave: *jesuitas, teología, autores, obras, períodos, escuela.*

#### Abstract

*The authors, their theological works, the periods of history and the particular modes of performing the theological tasks are characteristic of a School. The theological production of the Jesuits since their arrival in New Granada (what is now Colombia) has been recorded and analyzed in a major investigation with the title "Five centuries of theological production in*

\* Sacerdote diocesano, doctor en teología, Universidad Javeriana. Autor de la investigación monumental *Cinco siglos de producción teológica en Colombia*, Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2002. Correo electrónico: gilbertoduquem@hotmail.com

Colombia". *As we commemorate four hundred years of the arrival of the Jesuits in Colombia, I present the part of my investigation relating to the Jesuit School. The Jesuits, apostolic men with a long history of achievements, have made a major contribution to the Colombian intellectual, social, and ecclesial development.*

Key words: *Jesuits, theology, theologians, theological works, historical periods, Jesuit Schools.*

## LAS ESCUELAS

Desde el comienzo de mi investigación *Cinco siglos de producción teológica en Colombia (1596-1992)* tuve el convencimiento de que, en el firmamento de la producción teológica colombiana desde el siglo XVI hasta el XX, no han brillado teólogos individuales, sino constelaciones o escuelas o instituciones de teólogos. Por esa razón la investigación se realizó en el horizonte de las cinco escuelas o modalidades de teólogos que resultan ser las más representativas en el país.

Lo anterior indica el sentido que aquí se da al término escuela. Se trata, ante todo, del medio vital en el que se ha cultivado y se ha producido la teología. La producción teológica en Colombia conoce de nombres y de desarrollos cronológicos; por eso las dos primeras partes principales de la investigación versan sobre todos los autores de teología en Colombia, registrados por sus nombres y por sus obras. Y la segunda parte principal trabaja sobre el desarrollo de la teología en Colombia, en la cronología de cinco siglos de duración.

Pero los autores teológicos están señalados con la sigla de su propia pertenencia institucional, ya que fue la institución religiosa o diocesana la que hizo posible, marcó, definió y, en últimas, posibilitó la producción teológica de los autores en el tiempo. Aun en el caso de la producción teológica que no está cobijada por las cinco escuelas señaladas, esa producción también es de escuela, como la mercedaria o la carmelita, la redentorista o la salesiana, la claretiana o la montfortiana, la eudista o la sulpiciana, que no están contempladas en esta investigación. Las órdenes y las congregaciones religiosas son el marco existencial en el que se ha hecho teología en el país.

El medio vital determina y configura el horizonte mismo de la obra, le ofrece su perspectiva, su lógica, su temática, su problemática, incluso su lenguaje. Muchas de las seis mil obras teológicas anónimas en relación con

el autor, no lo son en relación con la escuela dominica o franciscana, diocesana, jesuita o agustina. El talante de la obra se explica muchas veces por la escuela.

Puede decirse, entonces, que la producción teológica en Colombia nació y todavía permanece unida a las órdenes y congregaciones religiosas y al clero diocesano, y que ese es el horizonte para clasificar y determinar la gran biblioteca teológica colombiana.

Ello indica que la teología en Colombia ha sido función de la Iglesia en cuanto tal, no de la sociedad civil en cuanto tal, ni de los individuos en cuales tales. Para bien o para mal, teólogos por fuera de las escuelas no existen; o si existen, no producen teología; o si la producen, no se publica; o si se publica, no se conoce. Existe un déficit grande de teología laical (hecha por laicos) y una abundancia de teología eclesiástica (hecha por diocesanos y religiosos). Eso incide notablemente en la orientación de la teología en Colombia, en sus temas y en sus problemas, en sus métodos y en sus realizaciones.

Porque ello es así, la teología en Colombia tiende hacia la formación de los mismos religiosos y de los clérigos para cuyo beneficio se producen los textos en una lógica preferentemente informativa, antes que investigativa. Es apenas lógico que la biblioteca de toda casa religiosa y seminario contenga el instrumental bibliográfico que se produce y que se conoce para la formación intelectual, moral y pastoral de los religiosos y de los clérigos. Lo teológico en Colombia está sustancialmente orientado por la docencia y por eso se trata, en términos generales, de una teología manual y tratadista.

En consecuencia, la teología en Colombia está orientada, en términos generales, por los currículos académicos, así como está determinada por los célebres tratados especializados en los que el saber teológico se ha visto compartimentado desde la época patrística, pasando por los medievales, hasta hoy. Ese ha sido determinante sustantivo de la teología colombiana desde el siglo XVI hasta el XX.

Los anteriores son también indicadores de que el *corpus theologicum colombianum* se ha gestado y desarrollado en las casas y universidades de los religiosos, en los seminarios de los diocesanos y en las curias episcopales. A partir de allí la teología ha procurado incidir en la configuración religiosa y moral de la nación.

Incluso cuando la teología en Colombia llega más allá de sus enclaves manuales, curriculares y académicos y aborda temas y problemas de realidad vivida por el país en sus diferentes fases sociales, políticas, económicas y culturales, los autores siguen siendo los religiosos y los clérigos en una óptica que, a la postre, sigue vinculada a la academia y a la formación de clérigos y de religiosos.

Toda esta fisonomía de escuela explica, como anoté, la ausencia de una teología laical y secular, no académica y no curricular, que sea función de la sociedad y no sólo de la Iglesia. Explica también la ausencia de la mujer en nuestra producción simbólica y en el gran debate de lo religioso y de lo social elaborado desde lo teológico.

Es muy significativo que los varios congresos de teología en la Colombia reciente resulten ser convocados por el episcopado para clérigos y religiosos, que las revistas teológicas de calidad que existen en el país sean palestras de debate eclesial, y que el intento de asociación nacional de teólogos y de teólogas no clericales y no institucionales haya tenido una vida lastimosamente efímera, pese a sus aciertos y a su fecundidad primera.

Son estos los antecedentes para explicar el concepto de escuela teológica. En verdad son conclusiones que arroja la investigación misma sobre los cinco siglos de producción teológica en Colombia.

Ahora bien, entre las cinco escuelas teológicas colombianas destaca al máximo la Escuela Jesuita, en una duración de cuatrocientos años de presencia apostólica y de producción intelectual, que los honra como apóstoles y como maestros de fe y de ciencia desde el saber de la teología.

## LA ESCUELA JESUITA

Que el rey ordenara a los padres jesuitas Francisco de Victoria y Antonio Linero permanecer en Santa Fe y que les otorgara licencia para fundar un colegio donde enseñaran letras, ciencia, teología y lenguas indígenas, fue la apremiante petición que en 1591 elevaban a la corona, tanto la Real Audiencia como el presidente del Nuevo Reino, don Antonio González.

Y ya que en 1599, en el séquito del nuevo arzobispo, don Bartolomé Lobo Guerrero, llegaban de México los padres Alonso de Medrano y Francisco de Figueroa, se hizo todavía más apremiante la insistencia del Cabildo

Catedral, del presidente y del nuevo arzobispo de que los padres viajaran hasta Roma, a solicitar licencia para leer en Santa Fe cátedras de teología, de artes y de gramática.

Fue así como en 1604 llegaron a la ciudad los padres Juan Bautista Coluccini, José Dadey, Bernabé Rojas y el coadjutor Diego Sánchez, para fundar el anhelado colegio, al cual se adhirió un año después el Seminario de San Bartolomé. En 1612 se inauguró en Santa Fe la cátedra de teología, con la que se tuvo el ciclo completo de los estudios de entonces y se conformó un Colegio Mayor de la época.

La Compañía de Jesús, desde sus orígenes (1540), nació ligada a las universidades y, sobre todo, a las facultades de teología. Fueron teólogos los primeros compañeros de Ignacio de Loyola (1491-1556). Es teológico el esquema en el que el mismo San Ignacio propuso sus célebres *Ejercicios espirituales*. Y no deja dudas la parte cuarta principal de las constituciones de la Compañía al entrelazar la finalidad misma de la orden con la academia teológica:

Como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los prójimos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas, siendo para esto el medio más propio la facultad de teología, en ésta se debe insistir principalmente en las universidades de la Compañía, tratándose diligentemente por muy buenos maestros lo que toca a la doctrina escolástica y sacra Escritura, y también de la positiva lo que conviene para el fin dicho (XII,1).

Los teólogos jesuitas del Concilio de Trento, el insigne eclesiólogo San Roberto Belarmino y el gran controvertista de la reforma San Pedro Canisio, consolidaron muy pronto la vocación teológica que bebieron todos del primer espíritu fundacional de la orden.

Desde la fundación de la Compañía de Jesús (1540) hasta nuestros días puede identificarse, en el patrimonio teológico universal, una reconocida forma de la Escuela Jesuita para hacer teología por el empleo de las mediaciones humanísticas y filosóficas, por la relación con el magisterio de la Iglesia, por el modo de conciliar el juego de la libertad humana con la gracia divina, por la manera de leer a Dios presente en las criaturas “en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando y el hombre dando a entender” (*Ejercicios espirituales* 235), como lo sintió desde su experiencia teológica y teológica San Ignacio de Loyola.

La vocación teológica es, pues, marca indeleble de la Compañía de Jesús, siempre y en todas partes, y ese talante teológico se ha hecho concreción en las universidades de las ciencias, en las facultades de teología, en los centros de espiritualidad, en la dirección de los ejercicios espirituales, en los libros, en los escritos y publicaciones, en las conferencias y congresos, en la dirección que la Compañía imprime a todo campo de su múltiple apostolado. De ahí que el aporte teológico y espiritual de la Compañía de Jesús a la nación colombiana no deba ser buscado en una obra concreta, sino en todo ministerio y en todo el trajinar misionero, científico, cultural, social, pastoral, educativo de la Compañía.

Sin embargo, aquí fijamos la atención en los significativos aportes teológicos y espirituales que la Compañía ha dado a la nación desde la particularidad de vidas consagradas al ministerio teológico y espiritual en sus centros especializados, como fueron en el pasado el Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé, la Academia Javeriana y en particular su facultad de teología, la antigua y la contemporánea.

La historia de las ideas, los derroteros del pensamiento, las características que asume de modo sucesivo el espíritu humano no coinciden, es cierto, con un escueto trazado cronológico, pero están vinculados por necesidad al tiempo y a circunstancias históricas precisas y determinadas. Por eso los aportes teológicos y espirituales de los jesuitas a la nación colombiana están vinculados de modo indisoluble con el desarrollo mismo de nuestra configuración como sociedad y como Iglesia y pertenecen al derrotero mismo de nuestra breve pero dramática historia.

### **MAESTROS DE DOCTRINA ESCOLÁSTICA**

Desde la fundación del Colegio de San Bartolomé, en 1604, hasta la expulsión de la Compañía de los dominios españoles decretada por Carlos III, en 1767, el sustancial aporte teológico y espiritual de los jesuitas al Nuevo Reino de Granada estuvo orientado a construir el puente entre el nuevo y el viejo mundo en los horizontes de la tradición teológica y espiritual de los grandes medievales, con Santo Tomás a la cabeza.

La Compañía hizo subir por el Gran Río de la Magdalena la teología escolástica, y su forma de teologizar fue comentar en las lecciones, en los escritos y aun en la predicación y en la catequesis, las grandes tesis y tratados

teológicos de los medievales, como lo requerían las circunstancias de la época y lo ordenaban las constituciones mismas de la Compañía de Jesús.

El Nuevo Reino de Granada o actual Colombia acercó sus labios indígenas y mestizos a las fuentes de la tradición filosófica y teológica del Occidente cristiano, condensado en las *sumas* o tratados generales de todo el saber científico, humanístico y filosófico de la época. La teología medieval, escolástica y barroca era el horizonte de comprensión del mundo y de la historia en el momento de nuestra conquista y colonización. Cargados con su propia teología y con su particular tradición y comprensión del mundo, de la cultura y de la historia, las lecciones académicas de los primeros jesuitas fueron base en esa monumental tarea de producir conciencia, ciencia y cultura en un mundo nuevo y en un horizonte diferente.

En la Biblioteca Nacional de Colombia, que se formó a partir de los libros confiscados a la Compañía, expulsada y después disuelta, y en los anaqueles del antiguo Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en Colombia reposan varios de los grandes manuales teológicos, espirituales y canónicos que leyó Colombia en su alborada colonial.

Especial influjo tuvieron los escritos del padre José de Acosta, jesuita español que pasó por el Nuevo Reino (1567) en viaje hacia el Perú, *De natura novi orbis libri duo*, *De promotione evangelii apud barbaros*, y *De instauranda indorum salute*.

Más tarde (1704) fueron los comentarios y disputas escolásticas santafereñas *De usu et abusu doctrinae divi Thomae* del padre Juan Martínez de Ripalda, conocido por su crítica penetrante para demostrar el recto uso jesuítico del legado teológico de Santo Tomás, por contraste con la Escuela Dominica.

Vendría luego el *Tratado general de teología moral* del padre Antonio Maldonado. Y de la mano de teólogos y escritores como Sá, Funes, Pérez Menacho, Escobar, De Herrera, Calderón, Molina y Mira, el Nuevo Reino conquistado conquistó a su vez la tradición cristiana de Occidente, su razón ontoteológica, su metafísica, su ética, su jusnaturalismo, su lectura de la Biblia, de la encarnación, de la divina trinidad, de la ciencia divina, de la escatología, de la conducta moral, de las virtudes, del matrimonio cristiano y de los fundamentos del derecho y de la política.

Si los jesuitas no exhiben apóstoles de la talla de Montesinos y De las Casas, que en el Nuevo Reino salieran por los fueros del derecho de gentes del lado del indio y del negro, la Compañía en el Nuevo Reino está vinculada de raíz a la labor evangélica eximia de San Pedro Claver, el esclavo de los esclavos y de los negros. Claver tuvo detrás de sí y dentro de sí el incendio misionero y teológico que le suscitó su maestro, el padre Alonso de Sandoval, célebre por el texto que escribió entre nosotros y publicó en Sevilla en 1652, *De instauranda Aethiopia salute*, que evoca hasta en el título la obra magistral del padre José de Acosta. Las tesis teológicas de Sandoval no constituyen defensa abierta del negro y del esclavo, pero su propia práctica espiritual y pastoral, la de Claver y la de cientos de misioneros jesuitas hicieron de los esclavos, de los negros y de los indios explotados y oprimidos centro y razón de la predicación del Evangelio entre nosotros. Pedro Claver, en el territorio de la actual Colombia, es el primero de los apóstoles en la larga y bochornosa historia de los derechos humanos de los pobres.

En cambio, todo el largo período de luchas de independencia y de consolidación de Colombia como país libre halló cerradas las puertas de la Universidad Javeriana y, por tanto, de su centro habitual de irradiación teológica. Primero, por la expulsión de los jesuitas del Nuevo Reino, impuesta por Carlos III (1767); luego, por la supresión de la orden decretada por el Breve de Clemente XIV (1773) ; y, después de la restauración de la orden (1814), por las dos sucesivas expulsiones del territorio patrio (1850-1858; 1861-1887) por obra de la hegemonía liberal.

Las tesis sociales y culturales que inspiraron la independencia orientaron a la naciente República hacia el polo de atracción de Inglaterra, con su revolución industrial; hacia Francia con su revolución política y social; y hacia Alemania, con su revolución del pensamiento ilustrado. La burguesía criolla y el clero ilustrado bebieron en fuentes diversas a las escolásticas y empujaron a la nación hacia los modelos anglosajones y franceses en todos los ámbitos del actuar y del pensar.

Pero aunque ausente, el paso trepidante de Colonia a República se vio acompañado por dos hechos decisivos que, sin exclusivismos, hay que atribuir a la acción misma de la Compañía. El primero fue el decisivo influjo de un clero que se formó en las aulas de la Academia Javeriana, del Colegio de San Bartolomé y del Seminario de Popayán, así como a la acción patriótica de los *criollos* y nacionales que se educaron en los colegios de la Compañía en las

ciudades de Santa Fe, Antioquia, Mompós, Cartagena, Tunja, Pasto, Popayán, Pamplona, Buga y Honda. La imprenta, introducida al virreinato por los mismos jesuitas, fue paso decisivo de hondura cultural, social y política para aclimatar la independencia.

El otro gran legado cultural y espiritual fue el proceso, al mismo tiempo teológico y político, que dejaron las grandes misiones del Orinoco, del Casanare, del Meta y del Marañón, registradas en inmortales crónicas misioneras de la época. Nunca se demostró mejor que el genuino anuncio del Evangelio se acompaña de fundación de pueblos, de estudio y asimilación de lenguas, de obra de civilización, de cultura, de práctica solidaria de la economía y de consolidación del derecho. Casi sin importar que los misioneros arriesgaran la acusación de pretender para su provecho un estado dentro del estado y llegaran, como los jesuitas, al trago amargo de su expulsión primero, de su extinción después y de dos sucesivos destierros del escenario nacional.

701

### **MAESTROS EN LA RESTAURACIÓN Y EN LA LIBERACIÓN**

El foco de irradiación teológica de los jesuitas en la nación sólo se restablece a partir de 1937, con la nueva fundación de la Universidad Javeriana y la restauración de sus dos facultades de filosofía y de teología. En ese nuevo escenario se proyecta una forma de irradiación teológica por restaurar y unos potentes enemigos por combatir.

En efecto, la forma teológica tradicional, erosionada por las pretensiones libertarias del protestantismo, del jansenismo, del liberalismo, del racionalismo, de la masonería y del comunismo, quiso ser restaurada por una teología y espiritualidad neoescolástica en un clima de retorno a la gran cristiandad. Quizás también porque el proceso mismo de emancipación de las naciones de América había sido tanto de emancipación del pensamiento respecto de los dogmas, como de la cultura respecto de la visión tradicional de los valores y de las costumbres.

Entonces, el nuevo legado teológico y espiritual de los jesuitas de la época pasa por la pluma filosófica y teológica de Juan María Restrepo, de Juan Álvarez y de Daniel Restrepo para controvertir, con armas teológicas y filosóficas, a la modernidad, al laicismo y al anticlericalismo.

Eduardo Ospina enfrenta, en páginas literarias magistrales, la lucha abierta contra el protestantismo colombiano. Vicente Andrade Valderrama prefiere abandonar su cátedra de teología moral, para hacer más incisiva su lucha contra el comunismo, desde la alternativa de la doctrina social de la Iglesia y para iniciar la organización del sindicalismo colombiano y los movimientos políticos y sociales del campesinado y de la base.

Juan Manuel Pacheco, el sabio historiador, deja fraguada la memoria del significado formidable de la Iglesia en la conformación de la nación colombiana y del significado de la Compañía y, en particular, de sus misiones, en esa sinfonía común que ejecutaron las diversas órdenes y congregaciones religiosas, el clero y el episcopado, los seglares, hombres y mujeres, que fraguaron la patria al fraguar la Iglesia y al echar las bases del derecho y la justicia.

Guillermo González Quintana irradia como agudo apologista de la controvertida y perseguida institución eclesial. José María Uría, Jesús Sáenz, Jorge Noriega y Jesús María Gallego dejaron en sus alumnos la huella honda de su propia espiritualidad cristiana y de su saber filosófico, ligado a los intereses de la Iglesia de esa época. Pocos como todos ellos en su fidelidad a su conciencia, a su ciencia y a los votos de la orden al servicio insigne del papado.

De repente se detiene la gran apologética en torno del liberalismo, el laicismo, el racionalismo y el modernismo en que fue insigne la Compañía de la primera mitad del siglo XX. Cede el paso, con no menos fervor, a los grandes problemas y temas que inspiran la convocación del Concilio Vaticano II.

La Compañía en Colombia, como en todas partes, sigue el ritmo de la Iglesia y avanza con la Iglesia al servicio de la evangelización de la sociedad, en cada etapa histórica. Los jesuitas no serían inferiores en relación con el hecho más significativo y central en la vida de la Iglesia moderna. Los grandes asuntos del Concilio, centrados por cierto en la problemática centroeuropea, oxigenaron la reflexión y la pluma, la acción y la pastoral de la Compañía en Colombia. Entonces, su producción teológica se orientó hacia los horizontes que señaló el Concilio: *El valor pastoral de la liturgia; La sacramentalidad de la Iglesia según los teólogos actuales; La libertad religiosa; Presencia del cristianismo en la vida política; La vocación y el Concilio Vaticano II; Perspectivas en la teología conciliar sobre el matrimonio; El derecho público y*

*concordatario a la luz de Vaticano II; Filosofía y teología según el Vaticano II; Necesidad de diálogo en la Iglesia.* De esa constelación de varones ilustres pre y posconciliares forman parte Juan Antonio Eguren, Efraín Zuluaga, Fernando Velásquez, Ignacio Sicard, Luis Carlos Ramírez, Gustavo González, Liborio Restrepo, para mencionar sólo a algunos.

Además, la crucial problemática latinoamericana y colombiana penetró en la reflexión teológica y en el servicio espiritual y pastoral de la Compañía en Colombia con ocasión de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla. Es significativo que la Conferencia de Medellín no causara cambios sustantivos en la producción teológica y en la animación pastoral, salvo la crónica misma de la Conferencia de Medellín, a cargo de un ilustre participante. En cambio, la producción teológica de los jesuitas forma parte de la misma preparación de Puebla: *La primera evangelización y la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina; Dos retos pastorales para Puebla; La religiosidad popular en la evangelización de América Latina.*

Y tras el necesario período de recepción de Puebla como “serena afirmación de Medellín” los aportes teológicos y pastorales de los jesuitas en Colombia se multiplican para analizar, explicitar y ampliar: *Análisis de Puebla; María en la reflexión de la Iglesia Latinoamericana; La crisis de las ideologías en Puebla; Eucaristía desde Puebla, La educación evangelizadora en Puebla; Puebla, el cristiano y la política; Puebla, cristología y liberación; Identidad evangelizadora del religioso latinoamericano; Así viví Puebla; Puebla y la Iglesia de comunión y participación; Líneas claves para entender a Puebla.*

La célebre afirmación de Pablo VI, “los jesuitas son como el *test* de cuanto sucede en la Iglesia”, resulta muy verdadera en el campo de la producción teológica, pastoral y espiritual. En efecto, si a partir del Concilio se trataba de entrar, tardíamente, en el horizonte y en el proyecto de la modernidad, entonces las mediaciones del subjetivismo trascendental y del existencial podían ofrecer un instrumental apto para renovar sentidos, para ajustar lenguajes y para nuevas aplicaciones, a partir del gran pensamiento teológico ilustrado y de los grandes temas y problemas teológicos y filosóficos de Europa.

En esta vertiente progresista del pensamiento teológico ilustrado los jesuitas colombianos aportaron significativamente en torno a *La respuesta de Teilhard de Chardin al mundo de hoy; El problema de Dios en Teilhard de Chardin; Cristo nuestro centro. Un estudio moderno acerca de Jesús eje de la historia y centro cósmico; El Cristo universal; Una interpretación de Cristo a la luz de la evolución; Amor, sexo y feminismo en Teilhard de Chardin; Teilhard de Chardin signo de nuestro tiempo; Del átomo a omega: lingüística, biblia y literatura; Siglo XX conflicto de humanismos; El deseo natural de ver a Dios; El valor del hombre y la existencia de Dios; Jesús o el riesgo de la existencial; Valor del método histórico-genético.*

Si esto es progresismo de la razón ilustrada trascendental y existencial, entonces los jesuitas de Colombia lo encarnaron de modo cualificado a la comunidad nacional. En ese panorama del pensamiento ilustrado y del diálogo permanente con la modernidad descuellan la figura privilegiada de un maestro de generaciones y de un apóstol del progreso teológico en Colombia, que fue el padre Carlos Bravo: *El marco antropológico de la fe.*

Pero tal vez porque la razón ilustrada puede volar sobre la realidad, sin interpretarla ni asumirla, sin tampoco trasformarla, el analista de la Escuela Jesuita comprueba que su acostumbrada mediación filosófica trascendental o existencial cedió el paso a la mediación de las ciencias y, en especial, a las ciencias de lo social, que son fuente para beber la nueva comprensión de hombres, de mujeres y de pueblos desde situaciones reales y concretas. Quizás también por el convencimiento de que la realidad social, económica, política y cultural de nuestro pueblo no requiere sólo de una explicación, sino sobre todo de su trasformación, sin que se trate de pensar la realidad, sino de redimirla de su miseria y cautiverio.

Armados con un orden de conocimiento mucho más cercano de la gran tradición bíblico-cristiana, los jesuitas en Colombia se vuelcan con empeño a la marginalidad barrial y campesina, a las causas estructurales de la pobreza y del atraso, que son también causas estructurales de nuestro grave conflicto social. Y hacen suya, hasta las últimas consecuencias, la opción de la Iglesia latinoamericana por los pobres y por la instauración de la justicia de orden social, que es elemento constitutivo e inseparable de la fe. Su teología corresponde, esta vez en forma más estrecha, con su pastoral y con su espiritualidad y explica la problemática a la que están lanzados en su pensamiento y en su acción: *Historia y fe cristiana; La interacción entre la*

*teología y las ciencias, Aproximaciones al método y al análisis teológico de la realidad; La doctrina social de la Iglesia frente a las ciencias sociales; Desafíos de la realidad a una teología honesta; Esperanza marxista y esperanza cristiana; Los cristianos ante la injusticia social; Teología en contexto; De la moral de los manuales a la moral liberadora.*

Los jesuitas de la colonia legaron al país la teología y práctica de la evangelización en las reducciones indígenas y entre los negros y los esclavos. En los días de nuestra adolescencia republicana ellos fueron los grandes controvertistas y apologistas de la fe ante el modernismo, el racionalismo, el liberalismo, el protestantismo y el comunismo.

Pero en la actual parábola viviente del rico Epulón y del pobre Lázaro, la acción espiritual y pastoral de la Compañía de Jesús en Colombia puede leerse a la luz de aquello que brota de su espiritualidad y de su pluma teológica: *Jesús y la conflictividad de su historia; Producción de catolicidad sin reproducción del sistema; La encarnación de la fe en las culturas; Un sí a la vida humana; Sociedad justa, democrática y libre; Él es nuestra paz: meditación eucarística sobre una patria urgida de reconciliación; El hombre en la dinámica liberadora de la esperanza cristiana; La fe de los humildes; De la Iglesia misterio a la Iglesia de los pobres.*

## CONCLUSIÓN

La vida de la Iglesia en Colombia y la conformación de la nacionalidad colombiana están ligadas, desde la colonización hasta hoy, al proceso de la teología, a su producción y desarrollo, a sus temas y a sus corrientes. Particular sitio ocupa en ese marco la producción teológica de la denominada Escuela Jesuita.

A su vez, los autores, obras, temas y corrientes teológicas en Colombia están ligados a los contextos, necesidades y urgencias de los diversos momentos sociales, políticos y culturales por los que ha atravesado la nación colombiana. Analizar la Escuela Jesuita de producción teológica es registrar y acompañar al país por los vericuetos de su propia historia y configuración como nación. El mutuo influjo entre el proceso teológico colombiano y el proceso histórico de la Iglesia y del país es causa explicativa, tanto de la identidad religiosa, como de la índole social de la nación.

La producción teológica de los jesuitas en Colombia ha sido un aporte sumamente notable a la historia de las ideas en Colombia y a la conformación de su cultura, no menos que un significativo aporte para la memoria de la evangelización en Colombia; memoria que cobra especial significación con ocasión de los 400 años de presencia de la Compañía en Colombia, de actividad evangelizadora y de insigne desempeño en sus centros educativos, investigativos y pastorales.

La investigación acerca de la Escuela Jesuita manifiesta el real influjo de esta teología en la conformación de la Iglesia colombiana, en la fe del cristiano, en la conciencia moral de los ciudadanos, en los desarrollos sociales y culturales del país. Además, contribuye a rescatar la memoria histórica de la teología en Colombia, cuyos autores, obras, temas y corrientes apenas se conocen en su verdadera significación y proyección histórica.

El legado teológico de los jesuitas en Colombia es una provocadora demostración de la fuerza penetrante del Evangelio para crear en los pueblos evangelizados civilización, cultura, saber, derecho y desarrollo con justicia y equidad. Esa es la mayor gloria de Dios, lema entrañable de la ínclita Compañía de Jesús.